

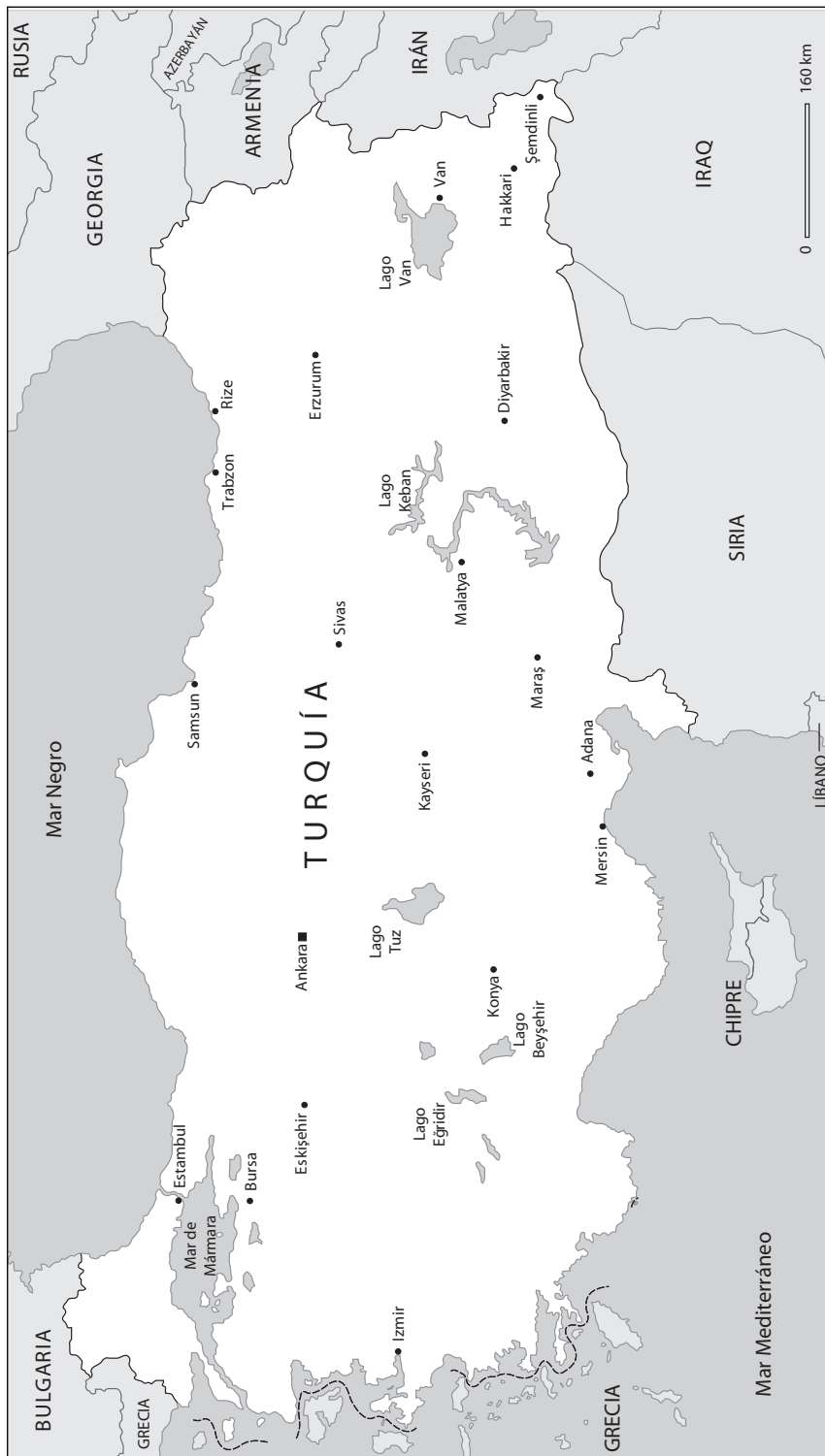
ISLAMISTAS DE LA OTAN

Hegemonía y americanización en Turquía

Las tensiones que están sacudiendo en la actualidad Oriente Próximo –la ofensiva militar occidental, la resistencia islamizada, la turbulencia económica, el *boom* demográfico– han adoptado una forma peculiarmente americanizada en Turquía¹. La República secular de Kemal Atatürk, antiguo baluarte de la OTAN en la región, está ahora gobernada por hombres que rezan. El Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de Recep Tayyip Erdoğan –última encarnación de un movimiento islamista en otro tiempo prohibido– cuenta con una mayoría del 60 por 100 en la Asamblea, o *Meclis*, constituyendo el primer gobierno que no precisa de una coalición de los últimos quince años. El propio primer ministro Erdoğan ha pensado en postularse como candidato a la presidencia de la República –un nombramiento de siete años en manos de la *Meclis* dentro del sistema democrático republicano, conocido por su falta de representatividad–, aunque a finales de abril decidió no optar a la misma. Como era de esperar, quizá, pese a haber sido elegido fundamentalmente gracias a los votos de los pobres –sobre todo, del joven proletariado informal que ahora llena las ciudades de Turquía–, el gobierno de Erdoğan está recortando de manera drástica el gasto público con el objetivo de conseguir un excedente fiscal del 6 por 100 del PNB para el año próximo. Aun proclamando su solidaridad con el mundo musulmán, ha enviado a las tropas turcas para que se incorporen a las fuerzas de ocupación de la ONU en el Líbano meridional y lo único que le impidió enviarlas a Iraq fueron los insistentes ruegos del presidente kurdo-iraquí Jalal Talabani. No obstante, la impresión generalizada es que el AKP ganará las elecciones de otoño de 2007; el partido ha conservado sus apoyos entre los capitalistas de provincias, la pequeña burguesía devota, los pobres recientemente urbanizados, importantes fracciones de la policía y gran parte de la intelectualidad liberal con inclinaciones de izquierdas.

Para entender la naturaleza paradójica de los cambios en Turquía, es preciso en primer lugar considerar el peculiar significado que el «secularismo» (*laiklik*) ha tenido para el Estado kemalista. Entre 1919 y 1923, con

¹ Me gustaría dar las gracias a Michael Burawoy, Dylan Riley y Aynur Sadet por haberme ayudado a desarrollar las ideas de este artículo.



el derrotado Imperio otomano efectivamente dividido por las potencias de la Entente, las guerras fundacionales de la República turca libradas por las tropas de Kemal apelaron no sólo al «sueño» de liberación nacional de patria y libertad, sino también al deber musulmán de resistir a la ocupación infiel. La homogenización religiosa fue un importante elemento constituyente de la unidad nacional, con el nacimiento de la República acompañado por la expulsión de griegos ortodoxos, complemento de las masacres de armenios de 1915. Así pues, la cuestión tenía más bien que ver con la relación entre la religión y el Estado. En este sentido, la secularización –entendida como creciente control estatal sobre la religión– fue ya un proyecto de las reformas del periodo Tanzimat en el siglo XIX*. En 1924 la Constitución fundacional de la República mantenía el Islam como la religión de Estado, aunque se aboliera el Califato, el fez, los tribunales y escuelas religiosas, etcétera, y se introdujera el alfabeto latino y el código legal occidental; la cláusula se eliminaría en 1928. La secularización quedó enunciada formalmente como uno de los seis principios del programa del kemalista Partido Republicano del Pueblo en 1931 y, finalmente, se incorporó a la Constitución en 1937.

De acuerdo con la descripción oficial, repetida por muchos estudiosos occidentales, las modernizaciones de 1924-1925 constituyen una prueba categórica de la separación de Estado y religión en Turquía². Con el Islam eliminado de todo lugar público oficial, dice este argumento, los sectores religiosos de la población acabarían adaptándose a la realidad dominante y se secularizarían plenamente. Otros, en cambio, han sostenido que el Estado turco ha controlado e institucionalizado el Islam, en lugar de separarse de él³. Así pues, la Dirección General de Asuntos Religiosos (no electa) ejerce un poder monopolístico sobre el nombramiento de imanes y predicadores de todo el país y controla la distribución de sermones. Desde este punto de vista, existen claras continuidades entre la República turca y el sistema otomano, donde el Estado y la religión estaban íntimamente imbricados.

* El periodo Tanzimat (reorganización) es el periodo de reformas del Imperio Otomano que comenzó en 1839 y concluyó con la proclamación de la primera constitución moderna en 1879. Mediante estas reformas las autoridades otomanas pretendieron modernizar las estructuras políticas del imperio y adecuarlas a las pautas occidentales de gestión de la economía, la sociedad y la guerra. Las reformas pretendieron también estimular el otomanismo entre los diversos grupos étnicos y detener los movimientos nacionalistas que pretendía desgajarse de aquél. [N. de la T.]

² Las versiones occidentales incluyen Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society. Modernizing the Middle East*, Nueva York, 1967; y Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey*, Nueva York, 1961.

³ Véase en especial Simon Bromley, *Rethinking Middle East Politics. State Formation and Development*, Cambridge, 1994; Metin Heper, *The State Tradition in Turkey*, Beverley, Yorkshire, 1985; Nikki R. Keddie, «Secularism and the State. Towards Clarity and Global Comparison», *New Left Review* 1/226 (noviembre-diciembre 1997), pp. 300-332; y Şerif Mardin, «Religion and Politics in Modern Turkey», en James Piscatori (ed.), *Islam in the Political Process*, Cambridge, 1983.

Sin embargo, cabe sostener que el mejor modo de entender la secularización turca es como una lucha aún en curso sobre la naturaleza y el desarrollo de un «Islam oficial», caracterizado por el uso público de la religión como elemento de cohesión nacional. En lugar de reproducir una lógica universalista (u otomana), el proyecto de secularización tuvo que rehacerse una y otra vez, siendo sus consecuencias (en parte no buscadas) el resultado de una serie de intervenciones por parte de diferentes fuerzas sociales. Este proceso ha supuesto conflictos tanto dentro del bloque de poder en el gobierno, constituido por las reformas del último periodo otomano y los primeros años de la República, como con estratos sociales excluidos de éste. Desde la década de 1930, los sectores dominantes dentro de este bloque –la jefatura militar, los estratos modernizadores de la burocracia civil, una burguesía industrial que contaba con protección oficial y una intelectualidad con las miras puestas en Occidente– favorecieron una exclusión más o menos autoritaria de la religión de la esfera pública. El sector subordinado del bloque –elementos conservadores de la burocracia y de la clase media profesional, una burguesía orientada a la exportación, comerciantes, personajes destacados de las provincias– tendía a defender un espacio mayor para el Islam, si bien es cierto que aún bajo control «secular». Este sector era también capaz de movilizar a estratos populares más amplios –obreros, campesinos, artesanos, desempleados, pequeños empresarios de provincias, clérigos– contra el sector dominante y, con frecuencia, lograba arrancarle así algunas concesiones⁴. Entretanto, aunque excluidas de la ecuación de poder, las propias agrupaciones religiosas, así como numerosas comunidades islámicas semiclandestinas, practicaron formas bastante poderosas de resistencia pasiva o activa en torno a cuestiones como la educación.

Al mismo tiempo, estas luchas por la definición del proceso de secularización estaban de por sí determinadas en parte por las peculiaridades del desarrollo socioeconómico turco. La burguesía comerciante del periodo otomano, en su abrumadora mayoría griega y armenia, había sido prácticamente liquidada a través de la guerra, los intercambios de población y las masacres⁵. La amplia mayoría de los turcos –más del 70 por 100– eran pequeños agricultores, esparcidos en innumerables pueblos relativamente autosuficientes. Esto dejó a la burocracia militar y civil como única fuerza de hecho organizada y capaz de emprender las tareas de ingeniería social de la nueva nación. Como no podía ser de otro modo, ésta intentó asegurar que las industrias de sustitución de las importaciones que creó

⁴ El kemalista Partido Republicano del Pueblo (CHP) ha sido durante mucho tiempo el vehículo político del sector dominante y estatista de este bloque, mientras que los estratos más tradicionalistas-religiosos han estado representados por varios partidos diferentes desde finales del gobierno unipartidista en 1950. El Partido Democrático de Adnan Menderes en la década de 1950, el Partido por la Justicia de Süleyman Demirel en la década de 1960 y el Partido de la Madre Patria de Turgut Özal en las décadas de 1980 y 1990.

⁵ Véase Taner Akçam, *From Empire to Republic. Turkish Nationalism and the Armenian Genocide*, Nueva York, 2004.

estuvieran ante todo al servicio del interés nacional. A tal fin, ofreció tanto a los industriales como a los trabajadores fabriles diferentes formas de protección estatal, que incluían para estos últimos seguridad social, negociación colectiva, sindicalización y derecho a la huelga. La burguesía manufacturera, protegida de por sí por cuantiosas ayudas públicas contra los rivales tanto internos como externos, toleró estas concesiones en la medida en que fortalecían el desarrollo de un mercado nacional⁶. Pero pronto, hacia finales de la década de 1960, una clase obrera cada vez más autoorganizada amenazó con desembarazarse de la tutela estatal. El Partido de los Trabajadores turco consiguió quince escaños en el Parlamento en 1965⁷. Las huelgas a gran escala de los trabajadores metalúrgicos condujeron a una escisión en el sindicato promovido por el Estado, *Türk-İş*, culminando en la constitución de la militante Confederación de Sindicatos Obreros Revolucionarios, *DİSK*. En la década de 1970, a medida que el poder de la izquierda crecía, el Estado empezó a apoyar contra ésta tanto a escuadrones nacionalistas de extrema derecha como a grupos islamistas. Por último, desde 1980, un golpe de Estado militar acabó con la izquierda militante en tres años de terror de Estado, durante los cuales las ejecuciones, la tortura y los encarcelamientos produjeron una alteración permanente en el panorama político.

La radicalización del Islam

El golpe de Estado militar de 1980 produjo también un desplazamiento de los vectores entre religión, clase y poder. Durante los primeros años de la década de 1970, la política islamista había sido fundamentalmente el punto de encuentro de los pequeños empresarios de provincias, a la defensiva contra las medidas industrial-estatales, la creciente militancia obrera y la rápida occidentalización⁸. La falta de respuesta de las organizaciones y partidos establecidos de empresarios a las necesidades de las pequeñas empresas, que se enfrentaban a la desaparición en una economía de sustitución de las importaciones, llevó al antiguo presidente de la Unión de Cámaras, Necmettin Erbakan, a fundar el Partido del Orden *Milli* (MNP), en 1970⁹. A la par que defendía los intereses económicos de

⁶ Çağlar Keyder, *State and Class in Turkey. A Study in Capitalist Development*, Londres, 1987.

⁷ Dankwart Rustow, «Turkish Democracy in Historical and Comparative Perspective», en Metin Heper y Ahmet Evin (eds.), *Politics in the Third Turkish Republic*, Boulder, CO, 1994, pp. 3-12.

⁸ Defino el islamismo como una ideología que intenta configurar el Estado, la economía y la sociedad de acuerdo con criterios coránicos. Así pues, habría que diferenciar el islamismo de interpretaciones más conservadoras de la religión, que le asignan un papel político restringido y subordinado a la vez que hacen hincapié en la observancia devota.

⁹ En la Turquía contemporánea, la palabra *milli* denota tanto la identidad nacional como la religiosa. Los islamistas utilizan la ambivalencia de este término para apelar a la identidad musulmana de su electorado, en un país donde la única identidad colectiva oficialmente legítima es la turquidad.

los hombres de negocios y comerciantes de provincias, el MNP también apelaba a sus sentimientos religiosos y a su desagrado por la cultura de consumo occidental. Esta postura le granjeó apoyos entre los agricultores y artesanos conservadores, que se sentían también atraídos por el programa de desarrollo económico de Erbakan, en extremo esquemático y basado en la empresa privada de propiedad colectiva, protegida y regulada por el Estado. Ilegalizado por el Ejército en 1971, el MNP se refundó en 1972 como Partido de la Salvación *Milli* (MSP), prácticamente sin ningún cambio en su programa¹⁰.

La victoria más importante del MSP durante la década de 1970 fue una ampliación de la libertad de funcionamiento para las escuelas *İmam-Hatip* del país, cuyos graduados proporcionarían los principales activistas y dirigentes del movimiento islamista en las siguientes décadas. Oficialmente, estas escuelas estaban destinadas a educar a futuros predicadores (*batıps*) y guías de las oraciones (*imams*). Pero como los estudiantes no podían observar los preceptos del Islam en las escuelas públicas regulares, atrajeron también la matriculación por parte de familias religiosas que no querían necesariamente que sus hijos se convirtieran en predicadores e imanes. Con el tiempo, esta generación de graduados de las escuelas *İmam-Hatip* pasó a ocupar importantes posiciones públicas, constituyendo una clase media religiosa capaz de competir con la intelectualidad secularista en los ámbitos económico, cultural y político. En un país donde antes se equiparaba a los intelectuales con la izquierda, el surgimiento de esta nueva intelectualidad reconocidamente musulmana constituyó un importante elemento en la construcción del islamismo como alternativa hegemónica.

La revolución iraní de 1979 marcó un hito para el movimiento islamista. En las mentes de muchos musulmanes, ese levantamiento de masas que derrocaba a uno de los regímenes más opresivos respaldados por Occidente en la región, trastocaba la acostumbrada identificación entre Islam y obediencia y redefinía la política islamista como lucha revolucionaria de los *mustazafin*, esto es, de los oprimidos. Se trataba de un mensaje electrizante para los jóvenes trabajadores empobrecidos que llegaban en tropel a las ciudades con la esperanza de encontrar trabajo. Bajo las condiciones de una desigualdad en aumento, la izquierda estuvo política e ideológicamente ausente tras la represión militar de 1980. Los ocupantes ilegales del periodo neoliberal, que se encontraban con la riqueza consumista de la ciudad sin tener capacidad de participar de ella, no podían poner sus miras ni en la opción socialrevolucionaria que había movilizado a generaciones anteriores, ni en la esperanza de ingresar en una clase obrera industrial en expansión. En este ambiente, un islamismo militante y socialmente radical tenía mucho que ofrecer. Las reacciones religiosas se multiplicaron para llenar el vacío político, mientras un sistema de pres-

¹⁰ Ali Yaşar Sarıbay, *Türkiye’de Modernleşme, Din, ve Parti Politikası. Milli Selâmet Partisi Örneği Olayı*, Estambul, 1985.

taciones sociales basado en la fe sustituía el sistema de seguridad social formal, destruido internamente por los recortes del gasto. El ejército ilegalizó el MSP en 1980. Cuando en 1983 fue de nuevo posible la organización de partidos, el Partido del Bienestar (*Refah Partisi*, RP) de Erbakan encarnaba este islamismo transformado. Además, el Partido del Bienestar se dejó oír con mucha fuerza respecto a la cuestión kurda, prometiendo reconocer la lengua y la cultura kurdas; esto le permitió granjearse apoyos no sólo en el sudeste del país, sino también entre la enorme cantidad de inmigrantes kurdos a las ciudades centrales y occidentales.

Primeros pasos en la revolución pasiva

El golpe de 1980 supuso un punto de inflexión en la relación del Estado con el Islam. A la par que aplastaba el desafío de la izquierda, el bloque gobernante iniciaba también un movimiento de apertura altamente controlada a los grupos religiosos. Los estudios islámicos se introdujeron como parte del *curriculum* escolar nacional, mientras se reducía el énfasis en teorías científicas tales como el evolucionismo. A determinadas comunidades religiosas hasta la fecha semiclandestinas se les ofrecía ahora una mayor visibilidad pública, bajo la protección del Estado. En la Constitución de 1982 redactada por la junta, la definición de «turquidad» incluía referencias sin precedentes al Islam¹¹. Estas concesiones pueden considerarse un intento de contener y desactivar el atractivo de la Revolución iraní y del islamismo socialmente radical a través de una «revolución pasiva» en el propio país, en el sentido gramsciano clásico, esto es, la incorporación de exigencias populares (posibles o reales) por parte de regímenes contrarrevolucionarios, como reacción típica a las revoluciones en el extranjero. La otra cara de este proceso fue la desmovilización de las potenciales fuerzas revolucionarias. Semejante «revolución-restauración», tal y como Gramsci lo expresó en el contexto de las reacciones europeas a partir de 1815 a la Revolución Francesa, mantenía intactos los regímenes de la clase dirigente, a la par que satisfacía parcialmente a los sectores populares¹². De manera parecida, durante la dictadura militar de 1980-1983, el régimen turco dio algunos pasos en la puesta en práctica de reivindicaciones islamistas, a la vez que desactivaba su potencial subversivo. Sin embargo, aunque estos cambios estaban pensados para consolidar y no para socavar la secularización, abrieron no obstante el camino para futuros conflictos, en la medida en que aumentaban el peso de los sectores religiosos en una nación que se definía como secular.

Al mismo tiempo, las reformas estructurales emprendidas bajo la dictadura sirvieron para aumentar las disparidades de renta y los desajustes so-

¹¹ Taha Parla, *Türkiye'nin Siyasal Rejimi*, Estambul, 1995.

¹² Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, 1971, pp. 114-120 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, Ediciones Era, 1981].

ciales a los cuales el islamismo radical parecía dar una respuesta. Durante la década de 1970, los intentos de reestructurar un modelo desarrollista inmerso en la crisis se habían visto frustrados por la arraigada naturaleza clientelista de la política electoral y las elevadas cotas de militancia obrera¹³. El golpe militar de 1980 vino a ofrecer una solución a este *impasse*, marginando lo primero y reprimiendo violentamente lo segundo haciendo posible, por lo tanto, la reforma neoliberal. Con la oposición aplastada, las huelgas prohibidas, los partidos políticos cerrados y los activistas detenidos, se hacía posible recortar los niveles salariales e imponer la austeridad fiscal. La reducción de las ayudas agrícolas intensificó la crisis en los pueblos, acelerando la migración masiva a unas ciudades en rápida desindustrialización. Entretanto, se purgó el cuerpo de policía de sus importantes elementos izquierdistas y se reclutó en su lugar a nacionalistas e islamistas de la línea dura.

Después de 1983, el Partido del Bienestar de Erbakan se convirtió en el beneficiario de estas reformas; pero los propios islamistas estaban divididos y sometidos a presiones de clase contradictorias¹⁴. Los empresarios de provincias que habían constituido la fuerza motriz del partido en la década de 1970 ya no estaban a la defensiva. La expansión de los mercados globales, la mano de obra barata y la producción flexible habían convertido las firmas pequeñas y medianas orientadas a la exportación en nacientes «tigres anatólicos». Pero la base del partido incluía a los trabajadores de estas mismas firmas. La declaración programática de 1991 del Partido del Bienestar, «El Orden Justo», reflejaba estas contradicciones. A la par que hacía hincapié en las virtudes de la empresa privada, predominaban las apelaciones a los derechos de los trabajadores y la justicia social. En una economía islámica «justa», se asignaría un papel crucial a los representantes de los trabajadores, habría pleno empleo y los salarios quedarían establecidos universalmente por el Estado¹⁵.

Pero aunque exitoso electoralmente —el voto islamista creció del 8 por 100 en 1987 al 16 por 100 en 1991—, pronto el programa empezó a recibir ataques del ala empresarial del partido. Estos empresarios necesitaban diferenciarse de los pobres radicales para ganar legitimidad ante el bloque de poder gobernante: aumentaron su presión para que el RP moderara sus promesas de justicia social, empezaron a dar un trato feroz a los huelguistas y declararon que los sindicatos no eran islámicos. También había un nuevo estrato de profesionales musulmanes de clase media que estaba

¹³ Joel Beinin, *Workers and Peasants in the Modern Middle East*, Cambridge, 2001.

¹⁴ Para más detalles, véase Haldun Güllalp, «Globalization and Political Islam. The Social Bases of Turkey's Welfare Party», *International Journal of Middle East Studies* XXXIII, 3 (agosto 2001), pp. 433-448.

¹⁵ Necmettin Erbakan, *Adil Ekonomik Düzen*, Ankara, 1991, pp. 29, 65-66. Para un análisis crítico de izquierdas, véase Ayşe Buğra, «Political Islam in Turkey in Historical Context. Strengths and Weaknesses», en Neşecan Balkan y Sungur Savran (eds.), *Politics of Permanent Crisis*, Nueva York, 2002.

descontento con la orientación pro-obrera del movimiento y era más favorable a las medidas proempresariales. En 1994, el Partido del Bienestar hizo público un nuevo programa que proclamaba que «el Orden Justo es el orden del sector proprivado genuino». Ahora se limitaban los cometidos del Estado y apenas había críticas de la explotación obrera; se explicaba que no habría huelgas ni cierres patronales bajo el orden islamista porque no habría necesidad de ellas¹⁶.

Una ciénaga secularista

Sin embargo, pese a su giro a la derecha, los islamistas siguieron apareciendo como una alternativa limpia frente a la corrupción y la incompetencia de los partidos mayoritarios durante la década de 1990. Çağlar Keyder ha descrito los bandazos de la economía turca a lo largo de la década, de un pinchazo financiero a otro —en 1994, 1999, 2001—, a través de un sendero de bancarrotas, deuda, chanchullos, inflación y crisis fiscales que exigía continuas inyecciones de fondos por parte del FMI¹⁷. Políticamente, la década de 1990 asistió a una serie de gobiernos de coalición efímeros, donde el Consejo de Seguridad Nacional dirigido por el ejército e instaurado por la Constitución de 1982 era quien dictaba en la práctica la política exterior e interior. Los partidos mayoritarios, kemalistas o del centro-derecha, se demostraron incapaces tanto de expresar como de aplacar las quejas suscitadas por la neoliberalización; tampoco pudieron ofrecer una identidad ideológica coherente que sustituyera el modelo secular nacional-desarrollista (ahora terriblemente desacreditado).

Las desigualdades sociales se agravaron con los sucesivos programas gubernamentales de austeridad presupuestaria y con las brutalidades y penurias infligidas a los kurdos. Levantada en el resto del país en 1983, la ley marcial no había hecho sino intensificarse en el sudeste, donde la guerra contra el Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK) acabaría llevándose hasta 30.000 vidas. La instauración por parte del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de una zona de exclusión aérea en el Iraq septentrional después de 1991 suscitó inevitablemente la cuestión del trato que recibía en Turquía una población kurda mucho mayor. Poco después, el Presidente Özal entabló negociaciones secretas con el PKK, ofreciéndole relajar la prohibición de la lengua kurda y, en 1993, el PKK anunció un alto el fuego. Pero este acercamiento dañó las relaciones entre el Partido de la Madre Patria (ANAP) y el ejército. Özal perdió control sobre su partido, cuya base electoral había experimentado una merma constante desde 1991. Tras su muerte en 1993, volvió a deslizarse hacia la postura convencional de silencio respecto a los kurdos, a la vez que mantenía sus políticas que beneficiaban flagrantemente a los ricos.

¹⁶ Refah Partisi, *Adil Düzen. 21 Soru/21 Cevap*, 1994, pp. 1, 23.

¹⁷ Çağlar Keyder, «La campana de cristal turca», *New Left Review* 28 (septiembre-octubre 2004).

El nuevo gobierno de coalición del Partido Populista Socialdemócrata y el Camino Verdadero de centro-derecha siguió profundizando el proceso de neoliberalización con sus reformas económicas de abril de 1994. Los socialdemócratas no hicieron nada por poner freno al amplio sistema de espionaje policial, torturas y cárcel que se había expandido desde el golpe de 1980. Tampoco defendieron a los diputados kurdos que se habían presentado en las listas socialdemócratas a fin de sortear la barrera del 10 por 100 (erigida por la Constitución de 1982 precisamente para obstruir la representación de partidos kurdos o antisistémicos). A los diputados kurdos se les expulsó de la *Meclis* después de que se expresaran sobre su identidad étnica en 1994 y varios de ellos pasaron la siguiente década en la cárcel. La pasividad de los socialdemócratas en este drama les costó el voto kurdo, a la par que su reputación por la corrupción a escala municipal contribuía a destruir la credibilidad de la izquierda reformista en Turquía. No obstante, otro motivo de la marginación final de los socialdemócratas fue su retorno a la postura secularista rígida de los primeros años del Partido Republicano del Pueblo, en un momento en el que la identidad islámica empezaba a reivindicarse de manera más generalizada. Esto también supuso un desplazamiento de la base del centro-izquierda de una coalición de clases obrera y media a una de profesionales seculares, elites burocráticas y aristocracia obrera. Durante la década de 1990, el crecimiento de la fuerza de trabajo informal hizo que ésta desertara del centro-izquierda, a la vez que el centro-derecha perdía una parte de su base tradicional en la pequeña y mediana empresa. Éstas fueron las clases que empezaron a engrosar las filas de los islamistas.

Islamismo municipal

A pesar de sus tensiones internas, los islamistas aparecieron como el principal partido en las elecciones municipales de 1994, tomando posesión de la administración de las ciudades más importantes. Las municipalidades islamistas hicieron llegar más servicios a los barrios más pobres y distribuyeron carbón, comida y ropa gratuitos. Esto vino acompañado de controles más estrictos sobre los bares y el consumo de alcohol y un mayor lugar para los símbolos islámicos y tradicionales en público¹⁸. A diferencia de la mayoría de políticos turcos, unidos a través de las líneas de partido en su avidez por los botines de la privatización, el impulso ideológico del Partido del Bienestar le había permitido mantenerse limpio después de 1980; simplemente reduciendo la corrupción municipal, los islamistas lograron una notable mejora en la calidad de los servicios urbanos.

El Partido del Bienestar emergió como la fuerza principal en las elecciones generales de 1995, en gran parte gracias a sus logros en el gobierno

¹⁸ Alev İnan Çinar, «Refah Party and the City Administration of Istanbul. Liberal Islam, Localism and Hybridity», *New Perspectives on Turkey* XVI (primavera 1997), pp. 23-40.

local. Tras varios meses de resistencia por parte de la clase dirigente secularista, Erbakan consiguió formar una coalición de gobierno con el Camino Verdadero. Entre sus primeras actuaciones, la coalición dirigida por los islamistas decretó los mayores aumentos salariales desde 1980 y tomó medidas para limitar los réditos procedentes de intereses crediticios. En las municipalidades, el Partido del Bienestar empezó a organizar eventos muy publicitados para hacer propaganda de su simpatía por la lucha palestina y por las causas islámicas. En un principio, Erbakan señaló su intención de trabajar por una «democracia global» basada en la cooperación entre naciones musulmanas bajo liderazgo turco¹⁹. Sin embargo, pronto cedió a las presiones del Ejército turco, llegando a firmar un acuerdo histórico de cooperación militar con Israel.

De hecho, una vez en el poder, el Partido del Bienestar pareció perder el rumbo. En lugar de utilizar el poder gubernamental para combatir la corrupción, se dedicó a encubrir a su compañero de coalición, el Camino Verdadero –profundamente inmerso en chanchullos tanto políticos como económicos–, y pronto comenzó a dar muestras de la misma enfermedad entre sus propias filas. Las energías para lanzar campañas de las comunidades y organizaciones religiosas también aflojaron, puesto que la mayoría dirigían ahora su atención a cosechar los frutos de los cargos. Los islamistas parecían estar integrándose por sí mismos en el sistema neoliberal. Sin embargo, incluso este radicalismo ahora apagado del Partido del Bienestar despertó la ira del tradicional bloque dirigente. Erbakan hablaba con frecuencia de la necesidad de abrir más escuelas Ímam-Hatip, un coco particular de los dirigentes militares secularistas, y ofreció una cena como primer ministro a la que invitó a destacados *şeyhs* místicos. Semejante reunión era la primera de sus características en la historia de la República y la línea dura la interpretó como un reconocimiento formal de órdenes religiosas que habían quedado proscritas desde las primeras reformas kemalistas.

Éste era el contexto en el que, en febrero de 1997, el ejército intervino una vez más en la vida política turca, exigiendo que el gobierno de Erbakan restringiera las escuelas Ímam-Hatip, aumentara la educación laica obligatoria de cinco a ocho años y controlara las órdenes religiosas. El Partido del Bienestar se demostró demasiado dividido para organizar una resistencia real y el gobierno dimitió. Los generales procedieron a cerrar el partido, prohibieron a Erbakan la actividad política e iniciaron otra ronda de tortura y represión, aunque no a la escala de la década de 1980. En esta fase, además, el Ejército acometió una concienzuda purga de islamistas entre sus filas. Sin embargo, resulta significativo que no se reorganizara en absoluto en la misma medida a los cuerpos de policía, conocidos por sus coacciones y su brutalidad.

¹⁹ Véase Elizabeth Özdalga, «Necmettin Erbakan. Democracy for the Sake of Power», en Metin Heper y Sabri Sayari (eds.), *Political Leaders and Democracy in Turkey*, Nueva York, 2002.

Corrientes globales

Tras la crisis de 1997-1998, los islamistas empezaron reagrupándose como el Partido de la Virtud, al que las autoridades siguieron manteniendo bajo estricta vigilancia. Pero ahora los islamistas podían esperar conseguir algo de apoyo externo de la Unión Europea, que, en esta fase, estaba fundando amplias redes de ONG de derechos humanos y sociedad civil en Turquía; el país obtendría el estatuto de candidato para el ingreso en diciembre de 1999²⁰. Los islamistas moderaron sus críticas de la clase dirigente, pero también se aventuraron a presentar a una mujer con pañuelo como candidata al parlamento. La prohibición del pañuelo en los edificios gubernamentales era un eje de la secularización turca y, aunque el Partido del Bienestar había insinuado con frecuencia que se debería derogar, nunca se había atrevido a dar un paso de tal envergadura estando en el poder. Ahora sus ideólogos empezaron a reconceptualizar el velo como una cuestión de derechos humanos y no de obligación religiosa, con la esperanza de que la Unión Europea interviniese en su defensa. A corto plazo, su táctica fracasó. Merve Kavakçı, la diputada con pañuelo, tuvo que abandonar la *Meclis* antes de poder prestar juramento, puesto que los partidos seculares de la clase dirigente olvidaron sus antiguas discrepancias para unirse en la violenta condena de la «intrusa»²¹.

Pero aunque el periodo de 1997 a 2001 parecía un tiempo de reveses para los islamistas, se estaban creando las condiciones que producirían la segunda fase de la revolución pasiva de Turquía, ampliando el papel del Islam dentro de la ideología nacional. Dentro del país, aunque sometidos, los islamistas conservaban amplios apoyos, mientras la economía se sumía aún más hondamente en la deuda, a medida que las sucesivas coaliciones seculares aceleraban las reformas neoliberales que se habían visto en parte interrumpidas bajo el efímero gobierno del Partido del Bienestar. Durante el *crack* de 2001, tuvo lugar una devaluación de alrededor del 50 por 100 y se desató la confusión entre los dirigentes políticos del país.

Internacionalmente, había más reconfiguraciones de gran envergadura en curso. El islamismo en Turquía había surgido en el contexto global de la década de 1980 y finales de la de 1990, cuando las formas internacionales de solidaridad musulmana, en parte fomentadas por regímenes combativamente islamistas, habían levantado esperanzas de construir un polo islámico independiente en el escenario global. Sin embargo, durante la segunda mitad de la década de 1990, empezaba a quedar claro que los regímenes islamistas en Irán y Afganistán eran corruptos, ineficientes o coercitivos, a la par que los bancos e instituciones crediticias islámicas in-

²⁰ Para más detalles de la implicación de la Unión Europea en Turquía, véase Keyder, «The Turkish Bell-Jar», p. 78.

²¹ Véase Müge Göçek, «To veil or not to veil. the contested location of gender in contemporary Turkey», *Interventions* I, 4, 1999, pp. 521-535.

ternacionales estaban plagadas de escándalos. Enfrentados a la represión estatal, los movimientos de resistencia islamistas de Argelia, Egipto y otros países perdían el apoyo de sus seguidores por el recurso a la violencia indiscriminada. El radicalismo islamista «realmente existente» se estaba desacreditando de manera generalizada. Esta desilusión con la militancia religiosa en el mundo musulmán recibió un fuerte impulso gracias al cambio de línea de Washington. Tras haber estado dispuesto a armar a los grupos islamistas más burdos contra el comunismo durante la Guerra Fría y a dar apoyo a Estados confesionales tan criminales como el de Pakistán del general Zia, Estados Unidos había comenzado a distinguir entre Islam fundamentalista y «moderado». Este último se refería a los movimientos religiosos que cooperaban con la hegemonía occidental, mientras las formas de oposición quedaban ahora redefinidas como terroristas.

En Turquía, la desilusión global con el islamismo radical se manifestó en el giro hacia la Unión Europea. A falta de un apoyo sostenido que llegara del mundo musulmán, los activistas religiosos creyeron ahora que sólo la Unión Europea, con su discurso de derechos humanos y democracia, podía salvarlos del elitismo y la represión de la República secularista. Pero, siguiendo el ejemplo de Estados Unidos y con miras a vigilar sus propias poblaciones musulmanas en aumento, las elites de la Europa occidental estaban encantadas de hacer la vista gorda al autoritarismo de Estado mientras estuviera dirigido contra los «fundamentalistas». Así pues, el acercamiento inicial del Partido del Bienestar a Europa dio pocos frutos. Los islamistas tendrían que demostrar para satisfacción de Occidente que habían abandonado las reivindicaciones radicales y que se habían convertido en «moderados» musulmanes.

El nacimiento del Partido por la Justicia y el Desarrollo

Este equilibrio cambiante de fuerzas fue un factor determinante y crucial en el giro de los islamistas hacia una profunda americanización. El término se emplea aquí no sólo para hacer referencia al apoyo político a Washington y al orden capitalista global, sino también a una lealtad más amplia a los modelos económico, social y religioso estadounidenses. Si bien los dos primeros siempre significaron mucho para la elite dirigente en Turquía, el gran avance de los islamistas consistiría en naturalizar una nueva versión de los tres entre estratos mucho más amplios de la población.

Después de la crisis de 1997, cuando quedó claro que eran necesarias mayores concesiones para conseguir la tolerancia de la elite dirigente, una nueva generación de islamistas empezó a cuestionar el liderazgo de Erbakan. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, este conflicto generacional se había expresado como enfrentamiento entre jóvenes radicales y fervientes y una corriente dominante más conservadora. Después de 1997, los antiguos radicales adoptaron rápidamente una po-

sición «musulmana moderada» partidaria del libre mercado. Destacaban entre ellos R. Tayyip Erdoğan, Abdullah Gül y Bülent Arinç, los tres diferenciados de la vieja guardia por su profesionalismo, habilidad mediática y atención hacia el programa proempresarial. Aunque la familia de Erdoğan era de la ciudad de Rize, en la región del Mar Negro, él había nacido en Estambul en 1957 y había crecido en el deteriorado barrio de Kasimpaşa, donde asistió a una escuela İmam-Hatip. Licenciado universitario y futbolista, afinó su carisma durante años de trabajo de base como activista y organizador. Gül es de Kayseri, una ciudad de la Anatolia central muy integrada en los mercados globales. Nacido en 1950, se doctoró en una universidad de Estambul en 1983 y estudió en Inglaterra. Trabajó como economista en el Banco de Desarrollo Islámico hasta 1991, año en que se convirtió en un político a tiempo completo. Arinç, abogado, nació en 1948 en Bursa, una ciudad conservadora de la región industrial de Marmara y ha estado activo políticamente desde su juventud. Arinç aún mantiene vínculos con su antiguo partido islamista, mientras que Gül sirve de puente entre los islamistas y el mundo internacional de los negocios, la elite dirigente y la intelectualidad liberal de Turquía. Esta nueva generación de empresarios políticos estaba mucho más abierta a la cooperación con Occidente.

Así pues, del aparente *impasse* de 1997 surgía un nuevo alineamiento. Había quedado claro que las diferencias ideológicas y de clase entre los islamistas eran demasiado fuertes como para quedar contenidas en un solo partido. Había tensiones insolubles entre el ala empresarial liberalizadora y los sectores obreros y más conservadores. La estructura autoritaria del partido no permitía que los jóvenes activistas con aspiraciones pudieran tener voz en la toma de decisiones. En 2001 los rebeldes constituyeron su propia organización, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), tras fracasar en el intento de hacerse con las estructuras existentes en un importante congreso del partido. Erdoğan y los demás dirigentes del AKP se apresuraron a asegurar a las altas esferas del ejército y los medios de comunicación que no utilizarían la religión con fines políticos y que el AKP no cuestionaría la prohibición del pañuelo. También eran clamorosamente proeuropeos. Hacían viajes frecuentes a Estados Unidos, celebrando encuentros cuyo orden del día se ha mantenido en la confidencialidad. Gül, con mucho sentido práctico, explicó a un público estadounidense que el AKP eran «los WASP* de Turquía». Quedaba claro que la nueva dirigencia estaba intentando recuperar el territorio del centro-derecha en la política turca para reconstituir en la práctica una versión actualizada de esa alianza de hombres de negocios de provincias, intelectuales religiosos y elite del Estado a la que se había dirigido tradicionalmente la fracción subordinada del bloque de poder dirigente, pero que se había vuel-

* Acrónimo de «White Anglo-Saxon Protestant» (blancos anglosajones protestantes), con el que se nombran las coordenadas raciales, étnicas y religiosas de la elite dirigente estadounidense [N. de la T.]

to imposible con el ascenso de un islamismo radical. Ahora, esta alianza podía también ofrecer un afianzamiento de la posición de los sectores neoliberales y orientados a la exportación del capital turco. Gran número de políticos, intelectuales y seguidores del centro-derecha pasaron pronto a engrosar sus filas.

Tal vez para sorpresa de muchos, la intelectualidad secular de centro-derecha desempeñó un importante papel en la constitución de esta nueva alianza. *Hürriyet*, principal diario mayoritario de Turquía, apoyó la formación del AKP como antídoto a los islamistas y a un centro político que se estaba reduciendo más y más. Tanto a los columnistas como a los editorialistas les gusta insistir en que el nuevo partido se llama a sí mismo «demócrata conservador» y no «demócrata musulmán»; esta última opción se discutió en torno a 1999-2000, pero se abandonó tras consultas de alto nivel. *Hürriyet*, junto con los medios de comunicación afines, trabajaron concienzudamente para legitimar no sólo a Erdoğan y al AKP sino también lo que pasó a ser su sello característico: la «democracia conservadora».

Aún más interesante fue el apoyo que la intelectualidad socialista liberal y democrática dio al AKP. Los liberales razonaron que, en comparación con la proximidad de los partidos establecidos respecto a la burocracia estatal, el AKP destacaba como una excepción con raíces en un movimiento de la sociedad civil. Además, se había zafado de los aspectos autoritarios de ese movimiento y su interpretación del Islam ya no constituía una amenaza para las libertades individuales. Por consiguiente, el AKP era el único agente político que podía integrar a Turquía en un mundo liberalizador y democratizador y, sobre todo, llevarla a la Unión Europea. Expresaron esta opinión no sólo periódicos liberales como *Radikal*, sino también sociólogos de las universidades de elite de Turquía, donde la percepción de los antiguos islamistas como expresión de la sociedad civil contra el Estado autoritario se había convertido en un lugar común. Aunque los socialistas democráticos no compartían en absoluto esta euforia, sus periódicos presentaban no obstante al AKP como el partido más capaz de llevar adelante la democratización y la integración en la Unión Europea y, en todo caso, preferible con mucho al nacionalismo de línea dura que podía demostrarse como la única alternativa.

Entretanto, los orígenes obreros de Erdoğan, sus raíces militantes y su estilo llano y populista le ganaron el apoyo de muchos millones que veían en él a alguien que hablaba su lengua y entendía sus problemas. El AKP también se benefició de numerosos apoyos en las regiones kurdas. En suma, todas las clases principales podían ver algo para sí en el AKP; se trataba, en el sentido clásico, de un proyecto capitalista potencialmente hegemónico. En las elecciones generales de noviembre de 2002, el AKP ganó el 34 por 100 de los votos; el Partido Republicano del Pueblo fue la única otra fuerza electoral que superó la barrera del 10 por 100, dejando al AKP con el 60 por 100 de los escaños de la *Meclis*.

Primeras pruebas

La primera prueba del nuevo gobierno del AKP llegó al cabo de tres meses, sobre Iraq. Sucesivos sondeos habían indicado que el 90-95 por 100 de los ciudadanos turcos estaban en contra de la invasión estadounidense de su vecino de al lado y se oponían aún con mayor fuerza a la posibilidad de que Turquía jugara algún papel en un conflicto así. La mayoría de los miembros del AKP tenían las mismas posiciones. Sin embargo, los dirigentes del partido y sus seguidores parlamentarios insistían en que Turquía tenía que acceder a las exigencias estadounidenses, so pena de arriesgarse a perder a su «aliado más estratégico». La *Meclis* votó sobre la implicación de Turquía en Iraq en tres pasos. Primero, en febrero de 2003, una mayoría de diputados del AKP autorizó al gobierno a permitir que Estados Unidos «modernizara» sus bases militares en el país. En marzo seguiría una segunda votación para permitir que las tropas estadounidenses utilizaran bases turcas para la invasión de Iraq. Gül, el segundo hombre del partido, convenció al Gabinete de votar unánimemente a favor. Pero, en ausencia de Erdoğan, que no entraría en el Parlamento hasta el 10 de marzo, casi la mitad de los diputados del AKP se unieron a la oposición (RPP) para rechazar la moción²². La tercera votación se llevó a cabo ante la autoritaria presencia de Erdoğan: una apabullante mayoría de diputados del AKP votaron ahora a favor del envío de tropas a Iraq. Llegado el momento, la Casa Blanca impidió que Turquía participara de la fuerza de ocupación, debido a objeciones de miembros kurdos del gobierno provisional iraquí y, de acuerdo con algunos, al rencor de la Administración Bush por el voto de marzo.

En un sentido más perdurable en el tiempo, las votaciones demostraron que el AKP podía imponerse contra la voluntad del 90 por 100 de los ciudadanos turcos en una cuestión de guerra internacional. Se había apropiado del legado de décadas de activismo islamista para apoyar una invasión militar angloestadounidense en el mundo musulmán. Lo más asombroso de todo ha sido la recepción de la política exterior proimperialista en su base obrera. En este ámbito, a través de periódicos islamistas populistas como *Vakit*, se repite, incluso en el ámbito de los cafés, que Erdoğan está jugando un juego largo y profundo; que es posible que por ahora haya que hacer estas concesiones a los estadounidenses, para fortalecer «nuestra» posición, pero que el dirigente sabe lo que está haciendo. Mantener este grado de convicción entre tal cantidad de personas, ante semejantes pruebas, es efectivamente hegemonía. Una prueba de fuego para la con-

²² Erdoğan tenía vedado presentarse a las elecciones de 2002 a causa de una sentencia dictada durante la represión de 1998 por haber leído un poema (supuestamente) islamista en un encuentro público. Pese a toda la oposición europea, pregonada a los cuatro vientos, a la invasión anglosajona de Iraq, este breve destello de resistencia en la *Meclis* convirtió a Turquía en el único Estado en haber rechazado una petición material. Francia abrió su espacio aéreo a los bombarderos USAF-RAF y Alemania puso sus hospitales de campaña a disposición de Bush.

solidación de una revolución pasiva es su capacidad para la desmovilización. Como la mayoría de la población religiosa creía ahora que su partido estaba en el poder, las oraciones de los viernes –por lo general ocasiones de protesta durante las guerras antimusulmanas– fueron en su mayor parte silenciosas²³. Aunque hubo protestas contra la guerra después de 2003, estaban respaldadas fundamentalmente por los restos de la izquierda. Entre los grupos islamistas, sólo el Partido de la Felicidad de Erbakan, los restos islamistas que habían quedado tras la escisión del AKP, algunas organizaciones de derechos humanos (Mazlum-Der y Özgür-Der) y un puñado de grupos radicales realizaron protestas relativamente débiles. El gobierno del AKP había logrado pacificar a las masas religiosas, movilizadas por el movimiento islamista antes de 2002.

En el ámbito nacional, los nuevos «demócratas conservadores» han trabajado estrechamente con el FMI para recortar el gasto público –con el objetivo de conseguir un excedente del 6 por 100, tal y como se señalaba antes– y privatizar tanto las empresas públicas como los recursos naturales. El AKP está acometiendo una amplia privatización de los bosques públicos –justificada con la afirmación de que sólo venderá extensiones que han «perdido sus cualidades» como bosques–. Los especuladores inmobiliarios han sabido interpretar el mensaje: hubo 829 fuegos en los primeros siete meses de 2003 que quemaron 1.755 hectáreas de bosque, lo cual las calificó como adecuadas para la privatización. Al igual que otros gobiernos dirigidos por el FMI, el AKP también se propone controlar los salarios, restringir los sindicatos y limitar las huelgas²⁴. Sin embargo, aunque los salarios reales siguen bajando, el desempleo creciendo y el número de personas bajo el umbral de pobreza aumentando, el coeficiente de desigualdad de Gini ha disminuido ligeramente, es posible que debido a una mejora en el sector obrero informal y algunas prestaciones para los estratos más pobres, reguladas a través del control de los recursos disponibles. Éste es otro de los motivos de la popularidad sostenida del AKP entre estas clases.

Transformaciones

En términos más generales, lo que diferencia al AKP de otros partidos neoliberales de Turquía es su capacidad para transformar las actitudes hacia la mercantilización de la economía en el plano molecular. Aunque anteriores programas islamistas ya se habían alejado del igualitarismo social, éste aún importaba a los seguidores del movimiento. Esta resistencia al

²³ Las «manifestaciones por las caricaturas» de febrero de 2006 son una excepción. Sin embargo, merece la pena observar que estas protestas no tenían ningún objetivo político nacional, ni siquiera un blanco palpable, a diferencia de las manifestaciones islamistas de la década de 1990.

²⁴ El gobierno del AKP ha prohibido ya dos huelgas importantes alegando que amenazaban la seguridad nacional.

neoliberalismo ahora se ha eliminado y hay una aceptación más amplia de las «realidades de mercado» entre los sectores populares. Uno de los motivos para el cambio es que, por primera vez en la historia turca, musulmanes practicantes están encabezando la liberalización de la economía; su estilo de vida religioso les asegura el consentimiento de masas. Sin embargo, el AKP es un partido decididamente secular, si entendemos el secularismo como la separación de lo religioso de las esferas política y económica, en lugar de la purga de la religión de la vida pública²⁵. Por más que a los dirigentes del AKP se les vea yendo a la mezquita, también insisten en que la política y la economía tienen su propia lógica autorreguladora, que hay que proteger de la influencia religiosa. También esta postura es aceptada a regañadientes por los seguidores obreros de la AKP, que han acabado suponiendo que, si hasta estos musulmanes devotos tienen que tomar tales medidas cuando llegan al poder, entonces el secularismo y una política exterior pro Washington deben estar de algún modo insertas en la lógica del Estado moderno.

Otro motivo por el que el AKP ha podido hundir sus raíces en las clases populares es su planteamiento de la cuestión de la geografía. Gramsci en una ocasión señaló que la izquierda italiana, al igual que la burguesía, creía que el sur era el motivo de que Italia estuviese atrasada: los meridionales eran vagos y delincuentes por naturaleza²⁶. Así es más o menos cómo el bloque dominante y la intelectualidad de izquierdas en Turquía pensaban Anatolia Central, la región del Mar Negro y (en especial) el Este. Los habitantes de estas áreas del país llevan sus acentos y otros indicadores de estatus regional como un estigma que obstaculiza la movilidad ascendente en los lugares cosmopolitas. La elite occidentalizada sigue considerando estas regiones y a sus emigrantes como incivilizados y atrasados, verdadera causa de la lenta y problemática modernización de Turquía. Muchos en Europa comparten esta opinión y señalan a esta gente como el motivo por el que no se debería permitir que Turquía ingresara en la Unión Europea. Gran parte de la izquierda turca ha reproducido históricamente estos estereotipos, encontrando una explicación convincente de sus fracasos en la ignorancia y reacción de las provincias.

En las décadas de 1980 y 1990, los islamistas conquistaron estas regiones no sólo ensalzando los valores conservadores –de la manera en que siempre lo ha hecho el centro-derecha en Turquía–, sino integrando las masas procedentes de las provincias en los centros urbanos en expansión, transformando con ello las propias ciudades. El AKP se apropió de las estrategias de sus precursores islamistas en su planteamiento hacia los inmigrantes rurales y las provincias. Pero también trabajó de manera más

²⁵ Respecto a esta definición específica, véase José Casanova, *Public Religions in the Modern World*, Chicago, 1994.

²⁶ El Partido Socialista llegó incluso a poner en circulación textos «científicos» que demostraban esta inferioridad. A. Gramsci, *Selections from Political Writings, 1921-1926*, Nueva York, 1978, pp. 441-462.

coherente para la integración de los capitalistas de la Anatolia Central en los mercados globales, un proceso en marcha desde la década de 1980. Por consiguiente, ambos grupos perciben al AKP como su dirigente natural contra el elitismo turco occidental y están, por lo tanto, más dispuestos a perdonar cualquier medida gubernamental particular.

Avance y retirada oriental

¿Cómo ha resistido la prueba del tiempo la coalición multiclase movilizadora bajo la hegemonía del AKP? El apoyo kurdo había constituido un componente importante de la mayoría de 2002. El AKP había adoptado en un principio una postura más ambivalente respecto a los kurdos que sus predecesores del RP. Erdoğan hizo vagas referencias al igual valor de todas las criaturas de Dios durante la campaña electoral de 2002, pero no hubo ningún compromiso programático de hacer realidad tal igualdad. Una vez en el poder, sin embargo, y bajo las presiones de cumplir con las normas de democratización para el ingreso en la Unión Europea, el AKP puso en marcha medidas históricas, aunque aún muy modestas: permitir la emisión de programas de televisión en kurdo (dentro de determinados límites horarios) y las clases privadas en lengua kurda, aunque se mantenía la prohibición de las mismas en las escuelas públicas. En agosto de 2005, Erdoğan declaró por primera vez que había una «cuestión kurda», una expresión que constituye un anatema para las altas esferas nacional-seculares, puesto que insinúa que se trata de un problema mayor que el terrorismo y la pobreza. Todos estos pasos contaron con la calurosa acogida de la intelectualidad liberal y socialista democrática, que habían recelado mucho de la actitud positiva del Partido del Bienestar hacia los kurdos. La percepción era que éste último amenazaba con agitar a las masas descontentas mediante la religión, algo que contrastaba con el liberalismo pro UE del AKP.

Hacia 2006, tal y como veremos, estas cuestiones se habían redefinido sustancialmente debido a la creciente relevancia del Estaduelo kurdo en Iraq septentrional y a la ralentización en las negociaciones con la Unión Europea. Pero habría que decir también que la cuestión kurda no puede reducirse simplemente a una cuestión de democracia. Aunque los criterios de convergencia de la UE contengan muchas promesas para los kurdos desde el punto de vista político, no se puede decir lo mismo de la situación socioeconómica. Las reformas dictadas desde Bruselas no van dirigidas a curar los desequilibrios que crea la mercantilización, sino a producir un entorno en el que ésta pueda avanzar con menos problemas. Los kurdos del campo se encuentran entre los más perjudicados por las reformas económicas y los quince años de campañas militares y guerra de guerrillas han contribuido en gran medida a la destrucción de su medio tradicional de vida, la ganadería, obligándoles a migrar a las ciudades orientales u occidentales. Diyarbakır, Estambul, Adana y Mersin están ahora llenas de familias kurdas pobres, cuyos hijos contribu-

yen a una renta de subsistencia con la mendicidad, la limpieza de zapatos o los pequeños delitos. Estas actividades exacerban la tensión entre kurdos y turcos.

Hay también un problema más estructural: aunque el Estado no gastó mucho en las regiones kurdas durante su fase desarrollista nacional, desde la liberalización de la década de 1980 la inversión ha sido aún menor. La transición a una economía de libre mercado no trajo buenas nuevas para las regiones que estaban ya en desventaja: los capitalistas apenas tenían incentivos para invertir allí y el factor de riesgo en la zona kurda no hacía sino aumentar sus reservas. Aunque hay otros bolsillos en Anatolia que han sufrido, los principales perdedores geográficos de la liberalización económica han sido el este y el sudeste, poblados por los kurdos. El flujo de financiación cultural que ha llegado de la Unión Europea ha resultado en gran medida cosmético. Con el agravamiento de las condiciones económicas, los kurdos están empezando a perder su prudente optimismo con respecto al AKP.

¿Democratización?

El atractivo del AKP en 2002 para los liberales e intelectuales descansaba fundamentalmente en su actitud prodemocrática y proeuropea. Sin embargo, respecto a la democratización, el partido nunca ha demostrado más que un compromiso meramente formal. Erdoğan es muy conocido por sus tendencias autoritarias y como dinámico alcalde de Estambul entre 1994 y 1998 gobernó con mano de hierro²⁷. En su congreso fundador, la dirección del AKP se había comprometido a un régimen de democracia interna de partido, pero los pasos iniciales en este sentido pronto se invirtieron. En 2003, el Consejo de Fundadores del AKP anuló las elecciones internas al Comité Central e investió al presidente del partido, Erdoğan, de la autoridad exclusiva de nombrar o destituir a miembros del comité central. Estas medidas autoritarias tuvieron su equivalente en la relación del partido con el pueblo. Aunque el gobierno de Erdoğan introdujo legislativamente una serie de reformas democráticas a instancias de la Unión Europea, también ha ignorado las normas más básicas de representatividad y responsabilidad de cara a su electorado y de la manera más ostensible, como es evidente, respecto a Iraq. En lugar de tomarse en serio las quejas populares, Erdoğan reprende públicamente a todo aquél que le hable de hambre, desempleo o problemas de vivienda. En los mítines del partido, les ha dicho a los pobres que se unan y hagan algo por sí mismos, en lugar de esperar que el gobierno lo haga por ellos²⁸.

²⁷ Mehmet Metiner, «Dünden Bugüne Tayyip Erdoğan», *Radikal İki*, 6 de julio de 2003.

²⁸ Culpar a los pobres de su pobreza es otra dimensión de la americanización del AKP y su ruptura tanto con el Islam tradicional, que considera la pobreza un destino, como con el islamismo, que culpa al sistema secular-capitalista de la situación de los pobres.

Una prueba más para la democratización –y otro escollo para el ingreso en la UE– es el planteamiento oficial sobre las masacres de armenios de 1915. La elite militar siempre ha negado toda responsabilidad respecto a estas matanzas y es un delito decir que constituyeron un genocidio. En 2005, con expectativas de un auge democratizador, un grupo internacional de estudiosos intentó organizar una conferencia en la que se pudiera discutir abiertamente la tesis del genocidio. El Ministro de Interior del AKP, Cemil Çiçek, reaccionó diciendo que los organizadores de la conferencia estaban «apuñalando a la nación por la espalda». Los estudiosos primero desconvocaron el encuentro, luego lo trasladaron a otra universidad. Aunque la celebración de un encuentro de tales características hubiera sido probablemente más difícil, si no imposible, bajo cualquiera de los gobiernos precedentes, el incidente supuso un duro recordatorio de la tendencia nacionalista-autoritaria dentro del AKP, de la que Çiçek es una figura destacada.

Además de la democratización, una cuestión importante para los nuevos seguidores liberal-democráticos del AKP es si el gobierno dará algún paso importante hacia una mayor islamización. Hasta el momento, no han tenido verdaderos motivos de preocupación. El AKP sí que intentó levantar las restricciones que el ejército impuso en 1997 para la entrada de graduados de las escuelas Ímam-Hatip en las universidades seculares, encaminándoles en cambio hacia las facultades de teología. El ejército, además, había establecido por ley una asistencia obligatoria de ocho años a colegios no religiosos. En su momento, hubo oleadas de protesta de musulmanes devotos, pero la matriculación en las escuelas Ímam-Hatip descendió considerablemente en los años siguientes. Esto supuso un grave golpe para el movimiento islamista, ya que la mayoría de sus activistas eran producto de estas escuelas. El anteproyecto de ley del AKP para permitir que los estudiantes de las Ímam-Hatip fueran a las universidades fue recibido con indignación entre algunos sectores de la elite secularista, que alegó que el borrador revelaba la agenda islamista oculta del partido. El ejército insinuó que se trataba de una amenaza a la República secular y el presidente Ahmet Necdet Sezer (designado por la *Meclis* anterior, en el año 2000) la vetó. Periodistas y comentaristas ligados a la clase dirigente que habían apoyado al AKP en 2002 anunciaron que esto era pasarse de la raya, aunque pocos de ellos llegaron a romper con el gobierno.

Este tipo de reacciones eran, como mínimo, exageradas. El AKP no tenía ningún plan de islamizar todo el sistema educativo. Lo único que intentaba por todos los medios era conservar lo que era un recurso importante para cualquier proyecto de orientación religiosa, tal y como la Iglesia católica, por ejemplo, lo ha entendido durante mucho tiempo. La cuestión fundamental es que el tipo de americanismo del AKP no invalida todo lo musulmán; los colegios con *curricula* religiosos florecen dentro del sistema estadounidense. Lo que hay en juego, más bien, son negociaciones sobre los nuevos límites para la religión en la esfera pública turca. Otros cambios, como la menor importancia de la teoría de la evolución

en los libros de texto y el número creciente de programas de televisión religiosos, son síntomas parecidos del modo en que estos límites se están definiendo de acuerdo con un marco más próximo al conservadurismo estadounidense que a las exigencias islamistas.

Por otro lado, lo más importante es que el gobierno de Erdoğan ha dado señales absolutamente claras de que el islamismo no desempeñará ningún papel en su política exterior. Ha intentado jugar un rol destacado en la autodenominada Gran Iniciativa de Oriente Próximo preconizada por la Administración de Bush. Los dirigentes del AKP y sus correas de transmisión en los medios de comunicación han publicitado este proyecto entre su base religiosa como una oportunidad para que Turquía tenga más voz en la región, combinando relaciones más estrechas con países islámicos con la posibilidad de cosechar mayores beneficios económicos y políticos de la imposición del control estadounidense. El AKP lanza salvas «islámicas» sobre política exterior, pero una mirada atenta revela que, por lo general, lo que expresan son las exigencias de Washington en fraseología musulmana. El acercamiento del AKP a Hamás, tras su victoria en las elecciones a la Autoridad Palestina de 2005, iba dirigido a transmitir el mensaje occidental —desarmaos!— y no a hacer una señal de solidaridad islamista militante. Cuando los representantes de Hamás visitaron Ankara, el embajador estadounidense publicó de inmediato una declaración de apoyo a las políticas del AKP en Iraq, que apaciguaron las preocupaciones de la elite respecto a las reacciones estadounidenses a la visita de los palestinos. Gül se ha convertido en un emisario itinerante en la región, con su visita a Teherán en junio de 2006 para transmitir las demandas de Occidente respecto a la cuestión nuclear. La visita complació tanto a los Estados islámicos, contentos de ver que Turquía superaba sus prejuicios secularistas y valoraba a sus vecinos, como a las potencias occidentales, que pudieron hacer llegar su mensaje a los *mullabs* a través de sus correligionarios y no de sus «enemigos». De manera parecida, Gül ha presionado para que Damasco ejerza una influencia moderada sobre Hezbollah en el Líbano. Un resultado de esta política exterior ha sido la enorme mejora de las relaciones entre el partido y el ala más liberal del ejército, bajo Hilmi Özkök, jefe del Estado Mayor hasta 2006.

Desafíos

Sin embargo, pese a su capacidad para mantener el apoyo de la coalición de 2002, el AKP se enfrenta a una serie de dificultades que, de agravarse, pueden suponer un desafío para su hegemonía sobre determinados sectores. Entre las más peligrosas se encuentra la que tiene que ver con la economía. Durante sus primeros años en el poder, el gobierno de Erdoğan se benefició de la recuperación posterior a 2001, tras la drástica devaluación de aquel año. El crecimiento, basado en un fuerte endeudamiento, generó el consentimiento necesario para acometer las reformas económicas incluso entre aquellos a quienes más estaba afectando la aus-

teridad presupuestaria. Pero la economía turca está muy expuesta. El creciente déficit presupuestario exige constantes entradas de capital y el programa de privatización que el AKP está acometiendo para atraerlas está plagado de problemas legales, chanchullos y dificultades derivadas del estado de abandono de los servicios e infraestructuras públicos. Con la apertura de Turquía a los mercados globales, las industrias del textil y de la confección, tradicionalmente fuertes y base del crecimiento de la Anatolia Central en la década de 1980, han perdido terreno frente a países con mano de obra barata, en particular China. Las inversiones de capital turco se dirigen ahora fundamentalmente a las finanzas, el turismo y la construcción, todos ellos sectores muy dependientes de los avatares de la economía global. Una conmoción de los mercados de valores globales tendría consecuencias muy graves.

Entre mayo y junio de 2006 Turquía sufrió su primera convulsión financiera bajo el AKP. Hubo una fuga repentina de los capitales a corto plazo después de que la Reserva Federal estadounidense subiera los tipos de interés. La lira cayó en picado y la inflación se disparó con el encarecimiento de las importaciones. Los sectores débiles de la economía —textiles, confección, agricultura— se vieron duramente golpeados, ya que los tipos de interés, los alquileres y los precios de los alimentos siguieron subiendo una vez que la crisis financiera hubo pasado, y la lira continuó temblando con cada leve fluctuación en el escenario global. En julio de 2006 el AKP se enfrentó a la primera protesta de masas en relación con sus políticas económicas: 80.000 productores de avellanas de la región del Mar Negro cortaron la carretera de Samsun para protestar por los recortes gubernamentales de los subsidios agrícolas, que habían dejado a la cooperativa de cultivadores sin capacidad para adquirir la cosecha de sus socios. El blanco de la protesta era el asesor directo de Erdoğan, Cunevd Zapsu, presidente de la asociación de exportadores que más puede ganar con los bajos precios. Con toda probabilidad, estos trabajadores habían sido votantes del AKP. A finales de agosto, los sindicatos de funcionarios públicos amenazaron con convocar grandes huelgas contra la caída de los salarios reales. Con el aumento de las tensiones, los sondeos de opinión parecen indicar que el Partido de Acción Nacionalista, de derechas, ha estado recuperando terreno. Durante el último año, grupos nacionalistas han intentado más de una docena de linchamientos de inmigrantes kurdos que vivían en las ciudades turcas occidentales y han apedreado a miembros del AKP tras una concentración nacionalista. Un resultado de ello es que se está haciendo más difícil vender el éxito de Turquía como «mercado emergente» a los inversores extranjeros.

Un segundo problema que arrostra el AKP son las titubeantes negociaciones con la UE de cara a su ingreso. El abrumador rechazo por parte de la República de Chipre del Plan de Annan en su referéndum de abril de 2004 echó por tierra la «solución» occidental para la isla y enfrentó a Turquía con la necesidad de reconocer la RC, en un principio bajo la forma de una ampliación de su acuerdo de Unión Aduanera de 1995 con la UE

para incluir a sus últimos miembros, entre los que se encuentra Chipre. En julio de 2005, Erdoğan firmó los protocolos, a la par que anunciaba a los cuatro vientos que esto no equivalía a un reconocimiento del gobierno chipriota. En la fecha límite marcada por la UE de diciembre de 2006, Turquía aún no había abierto sus puertos y muelles a Chipre. Las negociaciones para el ingreso se habían suspendido parcialmente y Bruselas había ampliado sus exámenes del «progreso» de Turquía a un arco de tiempo aún mayor. También se quejaba de las largas que daba Ankara respecto a las enmiendas que se le habían requerido al artículo 301 del Código Penal turco, que penaliza las críticas al Estado. Al AKP ya no le resulta tan fácil presentar el ingreso en la Unión Europea como una vía directa hacia un futuro mejor.

Adversarios

En medio de estas incertidumbres, el AKP disfruta aún de la ventaja de que todas las alternativas políticas a su gobierno están totalmente desacreditadas. No obstante, cuenta con adversarios, cuya posición puede verse fortalecida si el gobierno del AKP pierde su brillo en tiempos de desmejora económica. Entre los más significativos, se encuentran facciones de línea dura dentro del Estado, la creciente reacción nacionalista y el islamismo radical. Entre los círculos oficiales, incluidas las alas nacionalistas dentro de la judicatura y el ejército, todavía hay muchos que miran al AKP con recelo y querrían verlo caer. Deniz Baykal, dirigente del Partido Republicano del Pueblo y representante político de estos círculos, ha insinuado con frecuencia la necesidad de una acción militar y callejera contra el AKP. Algunos elementos de los poderes fácticos han dado a esto una forma más concreta.

En 2005 varias personas murieron en una serie de explosiones de bombas en la ciudad kurda de Şemdinli, en Hakkari, uno de los lugares más pobres de Turquía. Fuentes oficiales atribuyeron las explosiones al PKK y a la tensión creciente en el sudeste desde el fin del alto el fuego en 2004. Pero en noviembre de 2005 se cogió *in fraganti* a uno de los terroristas. Unos transeúntes le habían visto dejar una maleta frente a una librería. Se quedó esperando por los alrededores para ver la explosión subsiguiente, en la que murió un hombre. Los furiosos espectadores rodearon al terrorista, que entró en pánico y gritó «¡deteneos! ¡Soy policía!». Se salvó del linchamiento únicamente gracias a las fuerzas de seguridad. La sospecha de que elementos clandestinos del Estado estaban detrás de los atentados de Şemdinli —una sospecha manifestada incluso por la prensa del *establishment*— quedó prácticamente confirmada cuando el número dos del Ejército, Yaşar Büyükanit, observó con calma respecto del terrorista: «le conozco; es un buen chico».

En respuesta a ello y de acuerdo con la promesa de Erdoğan de que todos los responsables serían sancionados, un fiscal local de Van inició una

investigación que implicaba a Büyükanit en la organización de actividades paramilitares en el sudeste. El fiscal recibió los ataques de los medios de comunicación del *establishment*, que sostenían –sin pruebas– que tenía conexiones con una comunidad religiosa clandestina y que las acusaciones contra Büyükanit formaban parte de una conspiración para denigrar al ejército a causa de su lucha contra el «fundamentalismo». Se venía a insinuar que el AKP estaba detrás de este plan. Al fiscal se le inhabilitó por preparar una «acusación defectuosa» y pronto se volvió sospechoso todo aquél que intentara investigar el asunto de Şemdinli. Al final, se condenó a dos agentes subalternos y se estimó fútil continuar con cualquier procedimiento penal. El AKP, que en un principio había apoyado al fiscal, se mantuvo en silencio, lo cual constituyó otra decepción para sus seguidores liberales. En agosto de 2006, después de meses de especulaciones sobre quién sería el sucesor de Özkök como jefe del Estado Mayor, el AKP nombró a Büyükanit para el cargo.

Surgieron nuevas pruebas de una campaña por parte de los poderes fácticos contra los seguidores islamistas del AKP tras el asesinato del presidente del Daniştay, un alto tribunal administrativo, en mayo de 2006. Unos meses antes, el Daniştay había impedido el ascenso de una profesora de preescolar, alegando que, aunque por supuesto no utilizaba velo durante su jornada laboral, se cubría la cabeza de camino a casa. Hasta los medios de comunicación de la elite consideraron esta medida extremada y reaccionaria y la reacción fue de indignación entre la prensa popular islamista, uno de cuyos periódicos, el *Vakit*, publicó en su portada fotografías de los responsables de la toma de decisiones en el Daniştay. El asesinato del juez principal del Daniştay, al parecer a manos de un joven abogado islamista, desató una tormenta de ira secular y hubo grandes manifestaciones, encabezadas por importantes miembros de la judicatura, en protesta contra los islamistas y el AKP. Unos días más tarde, sin embargo, el diario conservador y partidario del AKP *Zaman* reveló conexiones entre el asesino y un grupo de oficiales del ejército jubilados, que eran miembros de una red emergente de organizaciones paramilitares nacionalistas de línea dura. Al parecer, estos oficiales también tenían lazos con el Estado: la policía había encontrado archivos oficiales secretos en sus casas. Su plan era desacreditar y tal vez derrocar el gobierno del AKP.

En un principio desmoralizada, la prensa del *establishment* pronto volvió a la carga denunciando que todo era un montaje islamista: elementos religiosos conservadores de la policía habían fabricado los «archivos secretos» y se los habían entregado a *Zaman*. En conjugación con los intentos por parte del fiscal «religioso» de implicar a Büyükanit en los atentados de Şemdinli, esta nueva conspiración demostraba más bien que los tentáculos del islamismo penetraban hasta los recovecos más íntimos del Estado. Ni los secularistas ni los islamistas podían ofrecer pruebas concluyentes de sus acusaciones. Pero el drama reveló la profundidad del conflicto hasta entonces encubierto entre el ejército y la policía. La concentración de nacionalistas seculares de línea dura en el Ejército y de conservadores re-

ligiosos en las filas de la policía amenaza con guerras conspirativas de baja intensidad dentro de las fuerzas de seguridad, así como contra la población civil. Amnistía Internacional ha reseñado una disminución de la tortura de Estado bajo el AKP; pero los asuntos de Şemdinli y del Daniştay plantean la pregunta de hasta qué punto las fuerzas de coerción no han recurrido a métodos más intrincados de control e intimidación que la «simple» tortura y represión.

Con el asesinato de Hrant Dink, estas preguntas volvieron a presentarse con fuerza. Dink, editor del periódico bilingüe turco-armenio *Ağos*, era una figura conciliadora que ponía el énfasis en la democratización y el diálogo turco-armenio en lugar de centrarse en el debate sobre el genocidio. Pese a su prudencia, se le acusó varias veces de «denigrar la turquidad»; era uno de los cerca de cincuenta intelectuales acusados bajo el artículo 301 del Código Penal en la Turquía de Erdoğan. A diferencia de la mayoría de los demás, Dink fue declarado culpable en 2005 y quedó en libertad condicional. También había recibido frecuentes amenazas de organizaciones paramilitares nacionalistas. El 19 de enero de 2007, un joven desempleado de Trabzon disparó a Dink en la cabeza a la salida de su oficina del periódico. El asesino fue detenido, pero, al cabo de unos días, los inspectores revelaron que no sólo había estado implicado en la organización del crimen un informante de la policía, sino que altos cargos del aparato policial habían tenido noticias de antemano del plan de asesinato. Tan pronto como se desvelaron estos detalles, la investigación se detuvo abruptamente. Envalentonadas gracias a la ira popular por la muerte de Dink –100.000 personas marcharon en su cortejo fúnebre–, varias organizaciones civiles y políticas empezaron a hacer campaña para que se desenmascarara del todo a las fuerzas que estaban tras el asesinato. Sin embargo, desde principios de marzo de 2007, la situación se ha mantenido paralizada. En la atmósfera ya crispada antes de las elecciones presidenciales de abril, el asesinato de Dink ha aumentado las tensiones y demostrado la impotencia del AKP para actuar contra esta persistente campaña de coerción y terror.

¿Inactividad islamista?

Un segundo foco de oposición potencial al gobierno de Erdoğan es el islamismo radical, expresado por aquellos que se han quedado atrás con la americanización del AKP. Activistas locales del AKP han intentado tranquilizar a sus hermanos islamistas más militantes poniendo en circulación «documentos ocultos» en los que se sostiene que todavía creen en los mismos principios, pero que ahora se requieren métodos más a largo plazo. Algunos dirigentes del AKP –como Bülent Arinç, que encabezó la votación contra la guerra de Iraq en la *Meclis* en marzo de 2003– siguen en contacto con el islamista Partido de la Felicidad. Otros demuestran su compromiso rezando en lugares públicos. En conjunto, tal y como se señalaba antes, los islamistas radicales han estado poco dispuestos a criticar

al gobierno. Hubo enormes protestas contra las caricaturas danesas del Profeta –en especial en el este y el sudeste, lo cual sugiere una reorganización islámica radical en la región–, pero se trataba de un entretenimiento no político y sin peligro.

Una prueba fundamental para los islamistas fue el envío de tropas turcas para incorporarse a la fuerza de la ONU en el Líbano en octubre de 2006. Al igual que en el caso de Iraq, una mayoría de la población se oponía claramente a la invasión israelí y a la destrucción por parte de las Fuerzas de Defensa Israelíes del sur de Beirut. Los términos del despliegue de la fuerza de la ONU de acuerdo con la Resolución 1701 –ayudar a desarmar la región «al sur del Río Litani»– parecían claramente dirigidos a terminar el trabajo de reducción de Hezbollah que Israel no había logrado llevar a cabo con éxito. De manera característica, el AKP intentó a un mismo tiempo actuar con sus principales socios militares, Estados Unidos e Israel, y convencer a sus bases de que estaba del lado de los «oprimidos». En julio de 2006, la condena por parte de Erdoğan de los «excesos» israelíes en la Organización de la Conferencia Islámica en Kuala Lumpur obtuvo la cálida acogida del mundo musulmán, aunque difería poco de la fórmula de la «reacción desproporcionada» utilizada en la Cumbre del G8.

Tras la aprobación de la Resolución 1701, tanto Erdoğan como Gül insistieron en la necesidad de que las tropas turcas «fueran en ayuda» del sufriente pueblo libanés. Los dirigentes del AKP han invocado las tradiciones del Imperio otomano de «los antepasados de la nación»: Turquía no debía mantenerse al margen de los problemas de sus vecinos e ignorar Oriente Próximo, tal y como había hecho durante los últimos ochenta años. O, repetido en la lengua de la americanización: Turquía tenía que intervenir en la región para convertirse en un actor global. Hubo también una guerra de desinformación: los medios de comunicación islamistas a favor del envío de tropas informaron que Hezbollah había invitado de hecho a Turquía al Líbano. Esto parece muy poco probable, dado el acuerdo militar formal entre Israel y Turquía firmado por Erbakan en 1996. Aunque la magnitud de esta asociación militar se ha mantenido en secreto, se sabe que incluye maniobras de entrenamiento conjuntas, información compartida, colaboración en operaciones de contrainsurgencia y modernización de equipos, es decir, compras por parte de Turquía a fabricantes de armas israelíes. El AKP, desde luego, no ha dado ningún paso para proceder a la anulación de este acuerdo.

Y, sin embargo, las protestas islamistas contra el envío de tropas turcas al Líbano fueron apagadas, aunque algo mayores en el este del país. Por irónico que parezca, la oposición coordinada a este despliegue por parte del Partido Republicano del Pueblo y de la derecha nacionalista fue la responsable de la cohesión del voto de los diputados del AKP. A finales de agosto de 2006, el presidente rígidamente secularista Sezer –odiado por los conservadores religiosos– declaró que en lugar de enviar tropas al Líbano, Turquía debería estar ocupándose de sus problemas internos, refi-

riéndose al resurgimiento del PKK en el sudeste. Esto bastó para convencer a los parlamentarios del AKP de que los enemigos de la «democracia conservadora» se habían unido para intentar impedir el envío de tropas por parte del gobierno. El gobierno se reunió inmediatamente tras la declaración del presidente de la República y accedió al despliegue de tropas; una decisión ratificada por 340 diputados frente a 192 en una sesión de emergencia de la *Meclis* el 5 de septiembre, a pesar de los sondeos de opinión que mostraban que cerca del 80 por 100 del público estaba contra semejante medida. La decisión, desde luego, contó también con la bienvenida de la Unión Europea, los medios de comunicación occidentales y los liberales prooccidentales de Turquía; algunos comentaristas europeos la consideraron incluso un buen motivo para acelerar las negociaciones de ingreso en la UE.

Una posición que se afianza

Un tercer foco potencial de oposición al AKP radica en el creciente sentimiento nacionalista que se manifiesta en Turquía, que ha venido exigiendo una postura más dura contra los rebeldes kurdos, más controles sobre los mercados y unas relaciones más prudentes con Occidente. El apoyo a la Unión Europea ha descendido sensiblemente durante el último año. El nacimiento de un potencial Estaduelo kurdo en el Iraq septentrional ha alarmado a los nacionalistas turcos, que creen que esto puede ser un primer paso hacia un gran Kurdistan, que conduciría de manera inevitable al desmembramiento del país. Esto ha llevado a la creación de varios grupos segregacionistas racistas y étnicos en los últimos años. Estos grupos, algunos de ellos armados y encabezados por oficiales jubilados, se están haciendo populares en especial en las regiones occidentales con grandes poblaciones kurdas migrantes. De manera parecida, el potencial Estaduelo kurdo ha envalentonado a los nacionalistas kurdos. En 2004 el PKK puso fin al alto el fuego que había mantenido desde la detención de su dirigente Abdullah Öcalan en 1999, alegando la negativa a conceder una amnistía total por parte del gobierno del AKP. Pero al retomar las armas, la guerrilla ha provocado inevitablemente tanto un crudecimiento de la dinámica securitaria como una violenta reacción nacionalista. El PKK declaró otro alto el fuego a finales de septiembre de 2006, que volvió a caer en saco roto.

Mientras hace dos años el gobierno de Erdoğan –hay que admitir que a instancias de la UE– ponía el énfasis en la necesidad de reconocer la identidad kurda, ahora está obsesionado con detener a los dirigentes del PKK. En los términos demasiado familiares de la década de 1990, ha vilipendiado una manifestación de masas en el este calificándola de «terrorismo» y ha hecho caso omiso de las críticas a las fuerzas de seguridad por haber matado a diez civiles. En junio de 2006 el AKP introdujo enmiendas en la legislación antiterrorista que restringían seriamente los derechos civiles existentes. Los sospechosos detenidos ya no tendrán derecho a un

abogado durante las primeras 24 horas de su detención, lo cual aumenta las probabilidades de tortura. Ahora constituye un delito publicar un comunicado desde una organización ilegal e incluso mostrar afinidad con sus opiniones. Esto podría perjudicar a los islamistas y a algunos sectores de la izquierda, pero lo más probable es que se utilice contra los seguidores de organizaciones kurdas. Parece muy posible que el AKP cabalgue la ola nacionalista tomando un rumbo más autoritario, en especial en lo que respecta a los kurdos.

Al mismo tiempo –tales son las contradicciones del nacionalismo de los Estados clientes– muchos personajes de la elite han argüido que Turquía tiene que hacerse más indispensable aún para los estadounidenses a fin de persuadir a Washington de poner límites al surgimiento de cualquier forma de Kurdistán. Éste fue uno de los argumentos utilizados por los periodistas, asesores políticos e intelectuales secular-nacionalistas a favor de la incorporación a la fuerza de ocupación de la ONU en el Líbano: que ésta era la única manera de conseguir que Estados Unidos tomara enérgicas medidas contra las bases del PKK en el Iraq septentrional. Dadas sus actuales dificultades en este país, los estadounidenses no están en condiciones de suscitar el antagonismo de los kurdos, pero han nombrado a un general estadounidense jubilado como mediador para apaciguar los miedos turcos y negociar entre Ankara y los kurdos. Irónicamente, la lógica del creciente nacionalismo turco lleva, por lo tanto, a una intensificación de la americanización, aunque demuestra la incapacidad del AKP de dar esta última vuelta de tuerca por sí mismo.

Internamente, entonces, el bloque dominante turco ha reafirmado su hegemonía a través de la revolución pasiva de las últimas décadas: integrando y desmovilizando a la burguesía provincial y a las comunidades religiosas, a la par que manteniendo su control. El recientemente constituido AKP, con menos de dos años de edad en el momento en que consiguió su primera mayoría absoluta, ha sido el principal agente de esta «revolución-restauración». Sus dirigentes integraron aspectos de la revuelta islamista radical de la década de 1980, a los que añadieron las grandes empresas, el Pentágono y una interpretación muy fina de la religiosidad del Nuevo Mundo. ¿Es exportable este modelo? En 2006 Hamás anunció que tomaría al AKP como ejemplo cuando entró en funciones en la Autoridad Palestina²⁹. Pero la actual hegemonía del AKP, tal y como hemos visto, descansa en una coyuntura muy específica de fuerzas movilizadas de clase, estructuras estatales y tradiciones culturales. Por más ansias que puedan mostrar otros dirigentes musulmanes de Oriente Próximo de seguir el ejemplo de Erdoğan, está por ver si el tipo de americanización islamizada de Turquía puede reduplicarse fácilmente en otro lugar.

²⁹ «Ankara Warns Hamas. Renounce Violence and Negotiate», *Zaman*, 17 de febrero de 2006; «Hükümet Kurarken AKP'yi Örnek Aldık», *Tempo*, 23 de marzo de 2006.